

Pedro RODRÍGUEZ y Raúl LANZETTI, *El Catecismo Romano: Fuentes e Historia del texto y de la redacción. Bases críticas para el estudio del Catecismo del Concilio de Trento (1566)*, Pamplona, Edic. Universidad de Navarra («Colección Teológica», 35), 1982, 498 pp., 16 × 24.

El *Cathechismus ad parochos*, llamado comúnmente Romano, escrito *ex Decreto Concilii Tridentini* y editado finalmente por mandato de Pío V (Romae 1566) es, sin duda, una hermosa obra teológica y pastoral, de enorme difusión en los cuatro siglos siguientes y cuyos méritos va descubriendo la investigación moderna. Skibniewski intentó redactar una historia del mismo, tras las antiguas disertaciones de Reginaldus y Serrai. P. Paschini (1923), Toth (1941), Boesch (1956), Lenain (1958) y sobre todo G. Bellinger han concentrado nuevos esfuerzos en el tema. A. García Suárez (1970), P. Stella (1972) y quien esto escribe (1973) abrieron nuevos caminos de cara a revisar las fuentes literarias del texto del Catecismo, que, dejando de lado la singular autoridad de esta obra decretada en un Concilio y promulgada para la Iglesia universal por un Papa, tenía, como obra humana, su pre-historia. *Libro de oro* lo llamó León XIII y Juan XXIII en nuestros días lo consideró como «divinitus datum Ecclesiae». Con todo, fue «humanitus scriptus» y es justamente este aspecto de su confección por hombres del tiempo el que ha atraído la atención de los autores de esta magnífica investigación, de copiosa erudición e infinita paciencia.

Pedro Rodríguez, Director del Departamento de Eclesiología de la Universidad de Navarra, autor de la obra junto con Raúl Lanzetti, Adjunto al Departamento, dirige desde hace años —como nos dice en el prólogo (p. 15)— un Seminario de estudios sobre la doctrina eclesiológica y sacramentalógica del Catecismo Romano, que ha cuajado ya en varias tesis doctorales aún inéditas (L. Baturone, *Sacramento del Orden*; R. Lanzetti, *Penitencia*; J. Ortiz, *Matrimonio*), al servicio de las cuales está la infraestructura histórico-teológica que se da a conocer en la presente obra. P. Rodríguez y R. Lanzetti han concentrado, en efecto, sus afanes investigativos en el esclarecimiento de cuestiones críticas de interés histórico e indirectamente teológico en torno a tres problemas, exployados en otras tantas partes de la obra.

La primera de ellas es la *Historia de la redacción del Catecismo* (pp. 27-132). A la iniciativa, cuya paternidad corresponde al gran Seripando en la primera etapa del Concilio de Trento, sigue, en el epígono boloñés, la formación de una comisión *ad hoc*, en la que participó C. Musso. Poco o nada se logró al respecto, mas se fue perfilando el horizonte programático de la obra: ayudar al ministerio de la palabra y a la administración de los sacramentos, mediante una exposición sintética de la doctrina católica con una presentación autorizada de la misma que pudiese orden en la plétora incipiente de Catecismos amplios y marcarse límites ante la abundancia de catecismos protestantes (Lutero, Calvino, etc.). La idea tomó impulso y cuerpo en la tercera etapa del Concilio, viéndose impulsada por los Legados pontificios, por la Comisión del *Index*, por las peticiones del emperador Fernando y del Rey Carlos de Francia y por varios

obispos hispanos. No se llegó a formar una comisión formal, pero sí a designar a unos cuantos redactores y a distribuir materias. A una primera comisión entre la que se encontraban los españoles Santotis, Medina y Fuentidueña, tres flamencos y un Nicolás Anglo —¿podiera ser Sanders, en vez de Ormaneto?—, sucedió una más efectiva en la que se encontraron M. Calini, G. Bovio, A. S. Mintorno y como secretario el español Fuentidueña. Calini será el eslabón que una a esta comisión intraconciliar con la postconciliar de tiempos de Pío IV. En este punto interviene también el futuro Cardenal G. Paleotti. La clausura del Concilio no permitió llevar a término el proyecto, cuya ejecución fue transferida a Pío IV. A Roma llegaron los materiales preparados y algunos de los que trabajarían activamente en el mismo, entre los que hay que destacar al portugués Foreiro. Bajo Pío IV, la comisión redactora fue integrada por Calini, Marini, Foscarari y Foreiro. El fruto de sus trabajos no fue la compilación de los materiales reunidos, sino una obra concebida unitariamente y planteada de manera no polémica. Bajo Pío V la comisión fue integrada por el Cardenal Sirleto, Marini y el español Tomás Manrique, así como por Mariano Vittori. Locatelli interviene en la comisión revisora y Pogiani, Galesini y Calini en la definitiva redacción latina. En medio de una selva de erudición, los autores de esta monografía, distinguiendo entre lo seguro y lo probable o incierto, llegan a esclarecer no pocos puntos de esta oscura y desconocida historia, completando algunos aspectos en sus dos primeros apéndices.

La segunda parte de la obra, *Las Fuentes del Catecismo Romano*, no es, ni puede ser, tan completa y exhaustiva como la primera. Los autores comienzan por limitar sus análisis a la parte más conocida por ellos del Catecismo, esto es, a la referencia a los sacramentos, para en ella rastrear los materiales redaccionales utilizados en la elaboración de su texto. Quizá el dilema (modelo literario-influjo intelectual) es demasiado estricto para percibir toda la gama de posibles trasvases al texto del Catecismo de la literatura precedente de tipo catequético o expositivo de la fe. Los varios modelos de arquitectura de una obra catequética, algo más fluido como el sentido humanista o irénico o menos detectable, como materiales de vaga consulta, elementos todos en que el cotejo es menos fructífero y preciso, ceden ante un método comparativista más estricto en que pueden descubrirse evidentes préstamos *redaccionales*. Armados con estas cautelas, los autores desechan algunas hipótesis formuladas por otros autores en torno a la dependencia del Catecismo Romano de las obras de Marini, Cardenal Hosio, Alvise Lippomani y Tomás Netter. Y tras esta conclusión negativa o exclusiva, aceptan mi sugerencia del influjo de Gropper, y la de García Suárez sobre Carranza y descubren convincentemente el influjo del Comentario de Domingo de Soto, *In IV Sententiarum*, influjo literal o redaccional, en algunos pasajes del texto del Catecismo Romano, así como también —Apéndice III—, la dependencia del Prólogo del Catecismo de Carranza respecto al prólogo del Catecismo del Arzobispo vienés Nausea. El método seguido y el muestrario de textos cotejados abren camino a futuras investigaciones que ayudarán a valorar la labor de remanso y depuración de una vasta tradición catequética.

tica europea sobre el texto autorizado del Catecismo *ex Decreto Concilii Tridentini*. Y es, sin duda, ésta la tarea de más relevancia teológica de la obra que comentamos.

Mayor, a mi juicio, que la tercera, la más completa, rica y abrumadoramente erudita, titulada *Historia del texto*, un texto que ha sido impreso cientos de veces. Nada menos que 224 ediciones han sido consultadas por los autores de esta obra. La discrepancia que se plantea entre la edición príncipe —la primera manuciana de 1566— y la generalidad de las ediciones posteriores, y las existentes entre las mismas ediciones manucianas, ofrecen un vasto campo para el cotejo minucioso. Surgen pronto dos tradiciones editoriales: la que mantiene la disposición del ejemplar manuciano y la que inicia una compartimentación y división del texto. Junto a esta diferencia, de escasa importancia textual, aparecen los *marginalia*: sumarios indicadores y referencias bíblicas o patrísticas, a las que se sumarán las escolásticas, especialmente tomistas, ajenas al texto original. En la edición de Fabricio (Amberes 1572) se llega a una división del texto por *quaestiones*, que afecta al texto original. Con gran énfasis los autores clasifican las dos líneas como de fidelidad o ruptura, intercambiando entre ambas como posición intermedia las alemanas de Hoffaeus, Canisio y Calenio. En etapa posterior se inicia una reacción antifabriciana y antirrovillianiana, con retorno al texto original de Manucio: en tal línea se inscriben la tradición parisina de 1650 con su apparatus, la clementina (1761), las ediciones belgas (1890 y 1902). La tradición rovillianiana evoluciona posteriormente configurando el que los autores llaman *textus receptus*; a ella pertenecen las ediciones de Parma, las patavinas, las de Turín (1761) y Madrid (1796) y las de Propaganda Fide (1858 y otras posteriores).

Es verdad que la fatigosa lectura de infinitos detalles mínimos puede producir en el lector la impresión de encontrarse perdido en una selva inexplicable de variantes y ante un texto complicadísimo, olvidando una advertencia de los propios autores: «Estas diferencias, excepto en pasajes muy concretos, rara vez afectan a cuestiones de fondo» (p. 205). Y los rarísimos pasajes concretos tratados no tienen mayor importancia temática. Justamente por ello y de cara a una posible edición crítica, estimo que no habría que tratar como *variantes* todos los elementos *anejos* o añadidos a la edición príncipe, sino como simples adiciones irrelevantes desde el punto de vista textual, como la división en párrafos o adición de epígrafes o la verificación de lugares bíblicos o patrísticos. Se puede utilizar discretamente el material de ornato del texto originario, respetando éste y añadiendo en aparato tales complementos. El texto básico está suficientemente garantizado y no merece la pena de perderse en detalles de escasa incidencia teológica y que sólo tendrían sentido aplicados, v.gr. a un texto bíblico, para que la historia del texto, válido sin *menda o erratas*, no se transforme en la historia de los aditamentos de los tipógrafos o editores. Basta un texto bien fundado, correcto y con levísimas correcciones, con un discreto aparato bíblico y patrístico y unos buenos índices; extremos estos últimos para los que se puede utilizar con criterio selectivo los materiales del *apparatus* acumulado por los siglos.

Nada menos que nueve apéndices lleva esta obra, varios de ellos de gran interés, que completan o amplían lo tratado en el texto: nuevos hallazgos o precisiones en torno a los autores del catecismo, edición del dictamen de Sirleto y M. Vittori sobre el manuscrito de la Comisión redactora del Catecismo, hoy perdido, lo mismo que el manuscrito definitivo del Catecismo; cotejos textuales entre Carranza y Nausea; importantes precisiones sobre las ediciones manucianas así como sobre la llamada cláusula ambrosiana. El elenco de ediciones consultadas con indicación de las múltiples bibliotecas europeas en que se encuentran, la completa lista de fuentes documentales y teológicas y de bibliografía específica y complementaria, adornan esta investigación de gran estilo y riqueza de datos.

Para finalizar, presento algunos leves reparos: no aparece fundado el temor de los Obispos españoles a catecismos en lengua vernácula, apoyado en los casos de los Catecismos de Constantino y Carranza (p. 56), únicos mencionados, cuando existían otros más. Creo que existe un Homiliario de Fray Luis de Granada (p. 63) y conviene recordar que la redacción de un Homiliario —y Catecismo— fue ordenada en el Sínodo de Londres (1555). El Nicolao anglo ¿podría ser Nicolás Senders? No parece razón documentada para afirmar que la decisión de la Diputación del Índice del Concilio de Trento dejó sin efecto su aprobación escrita del Catecismo de Carranza (p. 112). ¿Dónde está el «contrario decreto»? De la dependencia literal de Carranza respecto a Gropper existen muchas decenas de lugares paralelos (p. 159). En los lugares paralelos de Soto (1557) y CR, ambos textos citan el texto conciliar precedente, por lo que la semejanza resulta obvia (p. 165). La edición de D. Soto utilizada por los autores para el cotejo es la de 1579, posterior al Concilio; sería deseable el cotejo con la primera de 1557 y 1560, anterior al mismo. De las columnas sobre nombres de la Eucaristía, sin más, no parece desprenderse mayor dependencia de Soto que de Santo Tomás o Carranza (p. 181). En las columnas sobre la justificación, sería deseable el complemento del texto de Carranza (C II, 255) y sobre todo el del Decreto del propio Concilio de Trento, *De iustificatione*, c. 6. Son pequeñas sugerencias que no desentonan ante un trabajo de tan acrisolada minuciosidad y que en nada afean su gran valor científico.

J. IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS

Joyce SUGG (ed.), *A Packet of Letters. A Selection from the Correspondence of John H. Newman*, Oxford University Press, 1983, 230 pp., 13,7 × 21,5.

No es tarea sencilla seleccionar en centenar y medio de cartas la porción más significativa e interesante de las veinte mil escritas por Newman. Joyce Sugg se ha decidido a emprenderla y ha producido este pequeño y rico volumen que permitirá al lector entrar en el extenso y